

La Palma.

SEMENARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 11 DE OCTUBRE DE 1840.

LA CASITA DE RANDA.

II.

A las dos de la madrugada el conde y sus bárbaros conductores llegaron al pie de los muros de la ciudad. A medida que se acercaban á ellos, campos asolados, alquerías incendiadas, trincheras y empalizadas sin concluir, revelaban el furor de los aldeanos insurgentes, y lo largo y empeñado del sitio que desde mucho tiempo sufría la capital. El acampamento de los rebeldes poco ántes tan animado con el rumor de los aprestos bélicos, con el rasqueo de desacordes guitarras, y con los clamorosos aplausos y contiendas de la turba, estaba ya entregado al sueño, sin que se lo vedase la disciplina á que no estaban acostumbrados, ni el temor de la sorpresa. El suelo cubierto de hombres dormidos sobre sus armas hubiera parecido un campo de cadáveres despues de la batalla, á no ser por algun centinela embozado en su capoton junto á las hogueras medio consumidas, que despues de pedir á los recién llegados la convenida seña, seguía con sus torvas miradas al ilustre prisionero que en medio conducían.

Desde que la isla de Mallorca carecía de reyes propios, habia ido estinguéndose su esplendor y agotándose su riqueza en favor del reino de Aragon, y de la ambicion de aquellos monarcas conquistadores. Los aprestos de hombres

y de naves, con que esta isla en 1554 contribuyó al rey D. Pedro IV. para la guerra de Cerdeña, dieron principio á su decadencia, completada por los socorros con que últimamente habia sostenido á Alfonso V. en su conquista de Nápoles. El enorme peso de los impuestos aumentado en aquella época por los apuros del erario, y por las deudas contraídas en razon de tan inmensos donativos, habia llevado á su colmo el descontento de los campesinos ó *payeses*, que por otra parte se creían víctimas de escandalosas dilapidaciones y pasto de la codicia de sus señores. El clavario de la Consignacion Domingo Miró degollado en *Pollensa* con sus compañeros, fué la primer víctima de su encono, y su asesinato la señal de la guerra, que hace tan funesto el año de 1450 en los anales de nuestra historia. De todos los pueblos de la isla corrieron en tropas á la ciudad, banderas desplegadas, con ánimo de dar muerte á los nobles y de deshorrar á sus hijas y esposas; pero los nobles guarecidos dentro los muros, se sostenían varonilmente con el gobernador á la cabeza, no ménos contra los asaltos de los feroces campesinos, que contra el odio y las traiciones de los artesanos y jornaleros de la ciudad, que creyendo tener comunes los agravios, pretendían tener comun la venganza. Los repetidos mensajes enviados por el gobernador al rey Alfonso V. detenido en las delicias de Nápoles, ú ocupado en cojer laureles en Italia, no habian vuelto con la respuesta ni con el socorro apetecido; y la ciudad temía sucumbir á cada momento.

El conde fué presentado á su llegada ante un personaje de hercúleas formas y de tosca fisonomía cuyo carácter se reconcentraba en la mirada de su ojo derecho, porque el siniestro le faltaba, á quien los insurgentes llamaban su jefe y los demas Simon Tort Ballester. Varios de los suyos se colocaron en corro, medio sonolientos aun, fijos con estúpida atencion en el éxito del suceso.

— Quién eres? preguntó Simon al prisionero.

— El conde de Vallpina.

— Alto personaje eres, y en alto puesto morirás. Compañeros, al salir de la aurora preparad una horca, y que sea muy alta.... es para un conde.

Y volvió la espalda satisfecho de sí mismo, desdeñando las aclamaciones de la canalla.

El conde no respondió una palabra; de todos los afectos que se atropellaban en su corazón, solo el desprecio se habia revelado en su semblante. Conducido en medio de los mas groseros insultos como á doscientos pasos de la puerta de san Antonio, y aprovechando las cortas horas de vida que se le habian concedido, y la permission de sus guardias, tendióse á lo largo en el duro suelo, no léjos del sitio dónde la sangrienta ejecucion debia efectuarse.

El infeliz recapacitaba en su mente los sucesos de aquel día, y en medio de los infaustos acontecimientos que le señalaran, descollaba sin embargo un recuerdo que le hacia feliz por instantes, borrando las negras impresiones que su situacion debia causarle forzosamente. Este recuerdo era el de la bella Ines. Su hermosura le habia interesado, y su proceder le habia enternecido. Representábasela sin cesar arrastrándose llorosa á los pies de sus conductores pidiendo gracia para él, y este proceder hijo del mas bello corazón, hacia bullir en el suyo mil afectos de gratitud y de ternura, en los cuales entraba tambien el amor, aunque confusamente y sin que él mismo pudiera sospecharlo. Olvidándose de su estado se prometia ir á verla, arrojarle á sus pies, y manifestarle su reconocimiento con las mas vivas espresiones; mas cuando su imaginacion acalorada se mecia en

ideas de placer y felicidad, los fuertes y repetidos golpes de un martillo venian á interrumpir bruscamente este hermoso sueño. Levantaba la cabeza y estremeciase de repente, porque sus ojos habian tropezado con los fatales maderos que para él se levantaban, y que semejantes á los descarnados brazos de un espantoso esqueleto parecian tenderse hácia él impacientes por devorarle.—Insensato! pensaba entónces el infeliz. ¡ Delirabas junto á la realidad! He aquí lo que te queda: el espacio que te separa de aquella horca es el que te falta recorrer en este mundo! Y una maldicion vagaba por sus labios, y otra vez las ideas tristes tornaban á asaltar su mente.

Miéntas estas reflexiones agitaban al conde, sus guardias dormian ya tranquilamente, pudiendo mas en ellos el sueño y el cansancio que los deseos de saborear la humillacion del de Vallpina, aplazando sus insultos para la próxima mañana. Solo uno de ellos habia quedado de centinela paseándose á largos pasos en un corto trecho, fijando la vista ora en el preso á quien vigilaba, ora en sus dormidos compañeros, cuyo tranquilo reposo envidiaba, y de cuyo sueño apenas su obligacion y sus paseos le impedian participar.

No tardó un hombre en acercarse al centinela, quién sin dejarle llegar le gritó: Quién va?

— Amigo, contestó. ¿ Eres tú uno de los guardias del conde de Vallpina?

— El único por ahora, miéntas duermen mis compañeros.

— Nuestro jefe Simon te llama para darte órdenes sobre el prisionero.

— Pero todos duermen, y....

— Pero yo velaré, y ocuparé tu puesto durante tu comision. Simon es quién lo manda.

La autoridad del nombre, y la confianza que inspiraron al centinela el traje y el continente resuelto del nuevo guarda, le decidieron á alejarse.

El conde sumido en sus pensamientos no habia atendido á este breve diálogo, ni al relevo del centinela. Poco despues sintió un cuchillo que cortaba sus ligaduras, y una voz muy baja que le decia: Sígueme, conde de Vallpina.

Vióse el conde libre y le pareció que soñaba. Penetrado de reconocimiento quiso hablar, pero su libertador, poniéndole una mano en la boca y señalándole con la otra la horca para él preparada, le dió á entender que el peligro no habia pasado todavía, y que la menor imprudencia ó el mas leve ruido podian perderlos á entrambos. Conoció el de Vallpina la fuerza de estas razones, y se limitó á obedecer ciegamente á su libertador, siguiéndole con docilidad por entre los grupos de los amotinados, que dormian en el suelo tan profundamente como pudieran hacerlo sobre los mejores colchones de pluma.

Iban ya á salir del campo de los sitiadores, cuando el sonoro «Quién va» de un centinela les hizo detener su marcha.

— Amigo, se le contestó.

— Atras: no hay paso.

— Vamos con órdenes del gefe, replicó nuestro incógnito, para una partida de los nuestros que ha salido en persecucion de....

— Mientes. Tus palabras te hacen sospechoso pues la partida de que hablas está ya de regreso conduciendo al conde de Vallpina. Pero si efectivamente tienes alguna orden de Simon, enséñamela y te creeré.

— Maldito !... murmuró entre dientes su interlocutor, y luego levantando la voz—Hé aquí la orden, dijo; y acercándose al centinela ántes que este hubiera podido adivinar su intencion, hundióle con la velocidad del rayo su cuchillo en el pecho. El infeliz cayó bañado en su sangre exhalando un sordo gemido, y espiró.

Contemplóle el desconocido por un momento, y luego dirigiéndose al conde:

— Era preciso; dijo, como queriendo justificar aquella accion. No tenia mas medio de salvarte.

— ¿Quién eres, exclamó el de Vallpina en el mayor asombro. ¿Quién eres, hombre incomprendible, que tanto te interesas por mi?

Soy.... pero, no debo decírtelo. Sabe únicamente que salvándote no he hecho mas que cumplir con mi deber.... y con los impulsos de mi corazon, añadió despues de un momento de incertidumbre.

— Pero....

— Nada me preguntes: pensemos tan solo en salir cuanto ántes del peligro que nos cerca, pues el centinela á quien desvié de tu lado con un engaño, al echarnos de ménos pondrá en movimiento todo el campo de los sediciosos; y si ántes que esto suceda no hemos aprovechado el tiempo, caeremos otra vez irremisiblemente en sus manos.

— ¡ Con qué no eres de ellos! replicó el conde.

— De ellos! nó; supe tu prision y vine á salvarte.

— Y qué causas....?

— No me las pidas. Sígueme; no hay que perder un instante.

Miróle el conde con interes, y en su semblante creyó descubrir una sombra de tristeza y de amargura. Calló sin embargo puesto que parecia no querer contestar á ninguna de sus preguntas, y siguióle silencioso y lleno de admiracion y de reconocimiento. El desconocido caminaba apresurado en direccion á la torre *d'en Pau*, si bien apartándose todo lo posible del camino real, á fin de que pudiesen esconderse ó huir con mas facilidad en caso de persecucion. La luna que pocas horas ántes plateaba la espaciosa llanura que delante tenian, se habia ocultado ya. Todo reposaba en la naturaleza, y únicamente el débil gemido de las olas que dóciles se desvanecian al llegar á la ribera, ó el murmullo triste de algunos cañaverales mecidos por ligera brisa, venian á interrumpir por momentos el profundo letargo en que yacia la creacion entera. De vez en cuando una luz salida de la barca de algun pescador se mostraba á lo léjos en medio de las aguas, y luego desapareciendo de repente para salir de nuevo, parecia querer imitar á las brillantes estrellas que retratándose en la superficie azulada, se mostraban y escondian alternativamente obedeciendo al movimiento de las olas que las reflejaban.

Caminaban silenciosamente nuestros fugitivos y ya se acercaban á la torre *d'en Pau*, cuando el desconocido saliendo de la profunda meditacion en que hasta entónces pareciera sumido,

y parándose de pronto, dirigió bruscamente al conde esta pregunta:

- ¿Maldijo á alguien tu padre á la hora de su muerte?

Estremeci6se el de Vallpina cual si un rayo acabase de caer á sus pies, y por 6nica respuesta mir6 fijamente á su interlocutor. N6, dijo al fin con voz sombría; n6; á nadie maldijo. Debía, sí, haberlo hecho.

- Debía!... murmur6 el otro con amargura; y bajando tristemente la cabeza torn6 otra vez á andar en el mayor abatimiento. Sigui6le el conde esta vez sombrío y meditabundo sin apartar de 6l la vista. Aquella pregunta habia hecho nacer en su corazon mil vagas sospechas, y se propuso no separarse de su compa6ero sin ántes aclararlas.

Habian llegado en esto á la citada torre, y en uno de los extremos de la peque6a bahía que forma allí la ribera se veía una lancha atada con una cuerda á un pe6asco.

- En esta lancha os salvaréis, se6or conde, dijo el desconocido; su due6o me debe algunos favores y os conducirá á una de las embarcaciones que han llegado estos días con víveres para los sitiados. De allí fécilmente entraréis en la ciudad.

- Muy bien; pero ántes....

- Pedro! clam6 con voz fuerte su conductor, interrumpiendo al conde, y temiendo lo que este iba á decir. ¿Duermes, Pedro?

- Qui6n me llama? murmur6 una voz confusamente, y al mismo tiempo se vi6 rebullir dentro de la barca un hulto, 6 una cosa como un lío, cuya forma precisa nos seria imposible definir.

- Despierta hombre, despierta.

- Aaaah....! ya voy... Y sali6 de una especie de envoltorio un hombre c6mo de cuarenta a6os, que restregándose los ojos y presa todavía del sue6o, hablaba y obraba por instinto.

- Me conoces? dijo el que le habia llamado, acercándose á 6l. Mir6le Pedro un rato sin verle, y luego recobrando sus potencias: C6mo! exclam6, tú aquí, á estas horas!

- Chit! silencio! ¿quienes hacerme un servicio?

- Pues n6! quiero y debo.

- Está bien: prepara los remos, y lleva á mi compa6ero á una de las saetías ancladas en la bahía y que poco há llegaron de Cataluña.

- Y luego?

- Le dejarás allí, y nunca dirás ni lo que veas ni lo que hagas esta noche.

- Entiendo, dijo Pedro, y desatando la cuerda prepar6 los remos para cumplir la 6rden.

- Y tú, se6or, prosigui6 el desconocido dirigiéndose al conde con un acento que respiraba al mismo tiempo la tristeza y la ternura, acuérdate alguna vez del hombre que te salv6 la vida. Adios, y el cielo vele sobre tí.

- Un momento, dijo el conde deteniéndole y sin dejar la espresion ce6uda de su semblante. La barca está pronta, y veo que puedo salvarme; pero nunca lo haré sin que ántes sepa el nombre de mi libertador.

- Nada importa el nombre.

- Oh! importa, importa mucho. Quiero saber á quien debo mi reconocimiento.

- Por qué?

- Por qué! Porque hay una persona á quien ántes que deber un servicio preferiria morir mil veces, y eso tú lo sabes.

- Conde!

- Sí; y tal vez.....

- Qué?

- Tú eres esa persona.

- Sálvate, conde, sálvate.

- Tu nombre.

- Sálvate.

- Tú nombre, sepa yo tú nombre.

- N6; nunca!

Qued6sele el conde mirando un rato.

- Con qué son ciertas mis sospechas? dijo por fin, con un tono en que el desprecio y el despecho se mostraban á la par. ¿Con qué es Blas quien pretende salvarme la vida?

- Pues bien; sí, yo soy, dijo tristemente su compa6ero. Blas es el que tienes delante, Blas, tú hermano.

- Blas sí, grit6 el conde con furor; mi hermano n6.

- Sí, tu hermano, conde, tu hermano.

- N6, esclavo, n6: Tú mi hermano! Tú, fruto asqueroso de muger impura!

- Calla, conde, calla...! Oh! no me liagas olvidar el lazo que nos une. Puedo sufrir tus insultos, puedo bendecirte mientras me estés follando, pero nunca, nunca ver injuriada la memoria de mi madre!

Y sus ojos chispeaban. El conde inmóvil enfrente de él, con los brazos cruzados, parecía gozarse en la cólera de su hermano y en el mal que sus palabras le habían hecho.

- Puedes asesinarme, dijo friamente. Todo te convida á ello; el sitio es á propósito y la acción muy digna de ti.

- Asesinate! exclamó Blas á quién estas palabras habían hecho estremecer. ¡Asesinate y te acabo de salvar la vida! Y qué ¿no conoces aun mi corazón? ¿No sabes que con la centésima parte de los males que me has hecho sufrir, había lo bastante para odiarte de muerte, para despedazarte? No te acuerdas de mi infancia, de aquellos amargos días en que ajadas mis afecciones, maltratado por el menor de tus siervos, y arrojado en fin del hogar paterno, tenía que mendigar un trozo de pan para reanimar la vida de mi moribunda y desgraciada madre, mientras mi hermano, mientras el conde de Vallpina nadaba en la opulencia....? Ah! conde. Te debo mil infelicidades. Debiera aborrecerte, aniquilarte, destruirte.... y te libero del suplicio!

La espresion de Blas al pronunciar estas palabras era triste, pero hermosa y sublime. No había rencor en su acento: todo era perdon y ternura. El conde al contrario, pálido é inmóvil enfrente de él, temblaba de coraje, y su orgullo ajado le hacía desear la situación de que acababa de salir. Conocía lo superior que le era Blas en aquel momento, y esta superioridad era la humillación mas atroz que pudiera experimentar su pecho altivo.

Oyéronse de repente algunas voces á corta distancia.

- Ellos son...! exclamó Blas. Pronto hermano, pronto; no hay un momento que perder.

Una alegría feroz brilló en el rostro del conde.

- No, dijo, no huiré. Vengan enhorabuena. Este peligro es para mí mas dulce que el reconocimiento que te debiera.

- Conde, por piedad! prorumpió Blas arrojándose á sus pies y estrechando sus rodillas.

Rechazóle él inflexible; Deberte yo la vida! Nunca: Mil muertes ántes! Amigos! añadió esforzando la voz cuanto pudo. Amigos! aquí está el conde de Vallpina....! Llegad!

- Hacia allá, hacia allá! gritaron algunas voces; y el ruido de precipitados pasos cada vez mas perceptible dió á conocer que las palabras del conde habían sido oídas.

- ¡La barca, Pedro, la barca! clamó Blas en la mayor angustia; y cogiendo repentinamente á su hermano desapercibido entre sus nerviosos brazos, llevóle con la velocidad del rayo á la lancha, que se alejó inmediatamente de la ribera.

- Miserable...! balbuceó el conde temblando de furor. Y casi en el mismo instante un bolsillo vino á dar á los pies de Blas.

Sintió este apretársele el corazón, y por un momento se le añadaron las palabras en la garganta.

- Oro...! murmuró amargamente. ¡Me ha arrojado oro...!

Y dos lágrimas de hiel se deslizaron por sus mejillas.

A. M.

LOS OJOS AZULES.

SONETO.

Sea que el rosicler del nuevo día
embellezca tu velo transparente,
sea que el esplendor del sol aumente
de tu azul colorido la ufanía;

O con grupos de hermosa pedrería
recamada la noche te presente;
Bóveda inmensa de záfir luciente!
siempre á mis ojos causas alegría.

Al contemplar tu esfera despejada
de tempestuosas nubes ¿cuál lindeza
podrá ser con la tuya comparada?

Ah! que solo pudiera la belleza
de los ojos azules de mi amada
cuando á mí con amor los endereza. — T. A.

LOS BANDOS LITERARIOS.

Toda muerte llega mas ó ménos lentamente preparada por falta ó por exceso de vida, mientras que nosotros la llamamos súbita, ignorantes de las causas que con su operacion interna la produjeron. Así por el tiempo ó por los abusos van disolviéndose las naciones, y desgajándose sus muros y cimientos, hasta que solo aguardan el poderoso dedo de un conquistador para caer al suelo desplomados. Y aunque el árbol se ostente por fuera robustísimo y lozano, cuando lo ha tronchado la tempestad se vé que su tronco estaba vacío, y sus raíces minadas por los insectos.

En literatura ningun principio muere, sino porque debia morir, y no á golpe de mano airada, por mas que de su muerte acuse al que la Providencia destina para reemplazarle. Cuando se dió por primera vez el grito de romanticismo, nuestros clásicos creyeron se trataba solo de reprimir algunos jóvenes locos ó estudiantes indisciplinados; pero no eran estos sino la guerrilla del grande ejército que descendia del Norte, guiado por diestros y fuertes adalides, y con gloriosísimos nombres inscritos en sus banderas. Habian llamado loco á Shakespeare, y debian aguardar ver tratado á Racine de pobre copista. Los literatos de bando son como los bárbaros invasores, que al penetrar en la ciudad incendiada, arrastran y huellan las efigies de los héroes y monarcas que fueron gloria de ella en sus dias de prosperidad.

En ninguna parte mejor que en España se observa esta reaccion de abusos y esta sucesion providencial. Las monstruosas farsas que ocupaban la escena á mitad del siglo XVIII reclamaban un Luzan que desterrase el degenerado romanticismo de Calderon; así como agotados los brillantes génius en que fué fecundo el período de aquel clasicismo que algunos han visto nacer y terminar, y apareciendo esta escuela por

la muerte ó por el silencio de sus gefes en toda su miseria y desnudez, fué preciso buscar un nuevo camino que es el del actual romanticismo. Ni en uno ni en otro caso hubo apenas combate de principios; la plaza estaba vacía ó defendida por imbéciles y pedantes.

Jamas hubiéramos entrado en esta harto célebre lucha á no ser con el olivo de la paz, ni hubiéramos descendido, sino para desvanecerlas, á esas vagas y absurdas denominaciones de clásicos y románticos eterno alimento de la medianía, ni á las recíprocas y odiosas inculpaciones de ambos partidos que empezó la superficialidad y ha prolongado la mala fe. Esto sucede en todos los tiempos y en todas las ciencias: unos adquieren gloria con sus invenciones, otros la buscan en las disputas. Los grandes génius producen sus creaciones, sin curar á que género pertenezcan, dejando á los vulgares el trabajo de clasificarlas, y de exaltarlas ó deprimirlas sin haberlas comprendido.

Los románticos solo nos ponderan el genio, los clásicos siempre nos hablan de las reglas; y entrambos dicen la verdad, pero la verdad incompleta como lo es la de los partidos. Se acusan mutuamente, unos de no haber formado sino autómatas, otros de no haber producido sino frenéticos, y despues de haber citado de ello numerosos ejemplos, y de burlarse á su sabor, lo que no es difícil, han vuelto á sentarse como satisfechos de un triunfo. Pero lo que importaba examinar era si las reglas y el genio son entre sí incompatibles, si aquellas siempre le entorpecen ó estinguen, ó si el libre vuelo de este siempre conduce al precipicio; si Shakespeare fué grande tan solo por haber sacudido los preceptos, ó si lo fué Racine solo por haberlos seguido. Si se hubiera pensado no mas en estas cuestiones, habria probablemente algo mas de inteligencia y exactitud, y algunas injurias y vaciedades de ménos.

De aquí la mezquina idea que así enemigos como defensores se han formado de la nueva literatura (por no decir romanticismo, ya que á la inexactitud del nombre se añade el oprobio de sus abusos). ¿Esta Musa vestida siempre á

la moda de los siglos medios, vacante en el teatro y vision en la soledad, que ha inventado los fragmentos, los cuadros y los dramas de espectáculo, que impreca ó gime en variedad de metros, representa entera la revolucion literaria de nuestro siglo? nó: la definiremos mas bien, el reconocimiento de la poesia como reina de todos los climas, y alma de las sociedades; la consagracion de un Panteon universal al cual tienen derecho todos los siglos de trasladar sus hombres grandes; las tablas en que se transcriben y conservan las leyes y observaciones de los sabios que han precedido, sin prestarles mas valor que el que les dan las circunstancias de su época y la razon de todos los siglos. No importa que un partido quisiera hacer monopolio de la libertad que ha proclamado en literatura, porque esta doctrina es mas fuerte que él, y acabará por darle muerte así como le ha dado existencia. Sí, porque no es como bando de destruccion y discordia que ha de sostenerse el romanticismo, sino como principio de respeto y conciliacion universal.

Mucho se ha declamado á la verdad contra las reglas de Aristóteles y de Horacio como cadenas del genio y como madres de unas literaturas sin arraigo y sin color que sucesivamente han pretendido trasplantarse en todas las naciones. Sin embargo no son aquellas en parte sino axiomas eternos del buen gusto, en parte sabias observaciones fruto de la esperiencia y de la meditacion, y algunas de ellas preceptos convencionales y peculiares á aquella época, que pueden reducirse á la célebre ley de las unidades dramáticas y otras fórmulas de menor importancia todavía. Y hé aquí todo el origen de este cisma irreconciliable; la profunda valla que separa las dos escuelas. Inconcebible parece que tanto valor se haya pretendido dar á formas tan esternas y secundarias cuyo éxito solo depende de su buen empleo, y de las cuales es tan ridículo decir que pueden por sí mismas crear un genio como que ellas bastan para ahogarlo. Y qué ¿no ha podido Alfieri sujeto á las frias unidades dar vuelo á los pensamientos mas libres y á los caracteres mas enérgicos que ja-

mas aparecieron en el teatro? ¿no supieron los trágicos franceses bajo las formas griegas respirar el aire de su siglo, y reproducirnos con nombres antiguos las ideas, las glorias y los héroes de su nacion? ¿no es Luis el Grande quien vive en el Augusto de *Cinna* y en el Tito de *Berenice*? ¿no ha sido el clásico Racine nacional hasta el punto de merecer la inculpacion misma hecha al romántico Calderon, por presentarnos en sus personajes de cualquier siglo y país las costumbres y el lenguaje del suyo? Ah! si el antiguo siglo de Augusto, si el dorado XVI de nuestra España, el de Luis XIV en Francia, y el de la reina Ana en Inglaterra, no tuvieron sino una vida prestada y una gloria ficticia, si sus monumentos no fueron fabricados sino con fragmentos y ruinas de otros ya demolidos, decid á cada nacion, que abrase estos monumentos y destruya aquellas glorias, y si cada una lo acepta creémos, entónces que aquella literatura no fué indígena, y que sus autores no eran los genios de su siglo y de su país.

Algunos habrá que no comprendan acaso cómo unimos los nombres hasta ahora encontrados de Virgilio y de Dante, de Shakespeare y de Alfieri, de Racine y de Dumas, de Calderon y de Moratin, pero nosotros no comprendemos mas bien cómo puedan separarse, porque nada hay tan fraternal como el título de hombres ilustres. Pues qué ¿tan escasa fuera en eminentes genios la naturaleza, tan raros los caminos que conducen á la inmortalidad, tan estrechas y reducidas las fuentes de la belleza, y tan pocos y uniformes los sonidos que vibrasen en nuestro corazon? Porque admiramos al Sigismundo de Calderon ¿no nos conmoviera el Polieuctes de Corneille? Porque lloramos con el Rey Lear, y nos estremecemos en Otelo, ¿no nos agitaran ya las lágrimas de Andrómaca, y las iras de Rojana? La intolerancia es casi siempre hija de almas pequeñas, y el exclusivo apasionamiento supone en los que lo profesan un horizonte estrecho y una vista limitada. En los entendimientos vastos se concilian bien toda suerte de admiraciones y de homenajes, así como en los corazones grandes caben sin embarazarse muchos y vehementes afectos.

Este mismo sentimiento de respeto y de concordia general impedirá la exclusiva preponderancia de ningun sistema, y protegerá la libertad de las inspiraciones; y entónces precisamente ó aumentará el número de genios ó disminuirá el de literatos. Suprimidas de una vez las trabas y el estancamiento, cesarán esa multitud de autores de contrabando, y cada partido se descartará de sus secuaces, así como afirmada la paz, se licencia á los bisoños y reclutas del ejército. No es á los principios ni á las formas del romanticismo á quienes debe atribuirse esa nube de poetas que nos aflige, sino á las recientes disensiones, á la vanidad y ambicion de nuestra juventud, y á la moda de especulaciones literarias. Los mismos que nos sacían hoy de romances y fragmentos nos hubieran molido años atras á anacreónticas y pastorales.

De hoy mas no será ya lícito proscribir por sí solo ningun género de literatura ni sujetar las inspiraciones á los caprichos de la moda. Nosotros no arrancarémos la trompa épica al que crea tener un aliento bastante robusto para levantarla, y conmover con bélicos cantos é intervenciones divinas á una generacion positiva y filosófica. Nosotros no condenarémos las unidades dramáticas siempre que no dañen al interes y verosimilitud, y no acusarémos de fria y solitaria la escena si está conmovido y lleno el corazon del espectador. Nosotros no quebrarémos la flauta pastoril si hay quién espere sacar de ella todavía nuevas modulaciones, y formar otra Arcadia tan bella y ménos trillada que la antigua. Nosotros en fin no cerrarémos la fuente Hipocrene al que sienta infundírsele en sus aguas el númen de los antiguos y piense arrebatár á sus oyentes con la lira de Apolo.

¿Qué se pide al poeta en cambio de tanta libertad? la novedad del genio y lo profundo de la meditacion. Despejados están y abiertos todos los caminos á cualquier talento que tenga alas para franquearlos. Tanto como favorece á los hombres superiores, aterra y desanima á los medianos esta libertad de que no saben hacer uso, el silencio de las pasiones y

partidos, y los espacios que se abren delante de ellos vastísimos y solitarios. Nada hay mas terrible que la inmensidad del Océano para quien no espera hallar al fin de ella un nuevo mundo.

J. M. Q.

Al arco de la Almudayna.

Arco viejo, arco viejo,
Andrajo de un edificio,
¿Qué se hizo tu frontispicio?
Tu palacio dónde está?
Página suelta, arrancada
Del libro de nuestra historia,
Un siglo escribió tu gloria,
El nuestro te borrará.

Agora alménos que vives,
Y te ostentas todavía
Para recuerdo del día
En que un imperio cayó;
Dime, á mí que te contemplo,
Padron elocuente y mudo,
Si tan de galas desnudo
El moro te construyó.

O si el tiempo, que ha roido
Tus entreabiertos sillares,
Tus arabescos pilares
Ha devorado tambien.
O si con grosero ultraje
El hombre osó despojarte
De los primores del arte
Que en una Alhambra se ven.

Reliquia de la Almudayna,
¿Nada mas dices al hombre?
Conservas su estéril nombre
Por escarnio ó compasion?
O callas porque embutidas
Tus solitarias ruinas
Entre fábricas mezquinas
Te avergüenza tu baldon?

Pronto cesará tu oprobio,
Que no está léjos tu muerte;
Porque no ha de ser tu suerte
Distinta de lo demas.
Recuerdos no necesita
Este siglo indiferente,
Que infatuado en su presente
No vuelve la vista atras.

Y caerás, arco viejo,
Cual tus hermanos cayeron,
Cual tus dueños que te hicieron
Por puerta de su mansion.
Y correrá libre el aire
Por la calle despejada,
Ni ha de quedarte guardada
Una misera inscripcion. T. A.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.